

Sudar con el corazón: la afición tica en Brasil

CAPÍTULO II

Yuri Lorena Jiménez

Veterana en el arte de escribir, Yuri Lorena Jiménez ya casi ajusta los 25 años en *La Nación*. Ganadora de varios premios nacionales e internacionales, se la cree porque sus textos la respaldan. Dirige la Teleguía desde hace cinco años, pero no permite que su pluma se empolve; por eso viajó a Brasil como aficionada y volvió como lo que siempre ha sido: cronista.

A quello fue como un terremoto... Un frenesí de estu-
por que nos transitaba el cuerpo. El alma nos hacía
buscar, más allá de la euforia, certezas de que el gol
de Óscar Duarte sí había entrado, que el árbitro había seña-
lado 'bola al centro' y de que, sí, los pronósticos de goleada
a favor de Uruguay no solo se desdibujaban, si no que la
cosa pintaba, impensablemente, a otro escenario... pero aún
era muy temprano para soñar. ¿O no?

Segundos después del 2 a 1, tras zafarme de los brazos
tremebundos de la afición tica cercana, aún escéptica miré
en las gradas próximas y lejanas del estadio Castela, en la
magnífica ciudad de Fortaleza, y el ensoñamiento no hizo
más que ensancharse. Unas 60 mil almas, mayoritariamen-
te verdeamarillas y teñidas de pequeños lunares tricolores,
gritaban apoteósicamente un feroz "¡Costa Ricaaaaaaaa!",
mientras el coliseo se quería caer y los uruguayos se mesa-
ban los cabellos, incrédulos aún.

No sé qué minuto corría... ellos habían empezando ga-
nando un juego que la mayoría sintió pan comido tan pronto
cruzaron la frontera hacia Brasil y, con la afición brasileña
en contra suya -por la ya añeja estocada del Maracanazo, en
1950- entraron con mucha gallardía a avasallar con gusto al
mismo equipo al que sacaron de Sudáfrica 2010 en el repe-
chaje, un año antes, allá en Montevideo.

Por lo mismo, los brasileños -protagonistas absolutos de
esta historia como se sabrá en adelante- se plegaron *ad por-
tas* con el pequeño y exótico Costa Rica, el enano del "Gru-
po de la Muerte" que despertaba apenas curiosidad. Hay que
decirlo: antes de Uruguay-Costa Rica, el país apenas existía
para la población anfitriona.

Hubo quien nos preguntó, no bien llegando, que cómo habíamos hecho para “salir de Cuba”.

El resto, la inmensa mayoría, apenas sabía que se trataba de un “pequeño paraíso”, chiquitico, exótico y facturado en Gringolandia.

Igual, los brasileños son un amor. Así que no les costó mucho abrazar la bandera de Costa Rica, más como un acto de rebeldía contra Uruguay, y menos -mucho menos- como un reflejo de apoyo real hacia aquel pedacito de país, perdido en el istmo centroamericano.

Horas antes del juego, la búsqueda urgente de una farmacia me puso frente a frente con la delegación de la *Sele*, en pleno malecón de Fortaleza (inevitable el dejavú con el Paseo de los Turistas, solo que multiplicado en tamaño unas 200, 500, 1000 veces (¡a saber!) y con edificios de hasta 20 pisos al frente.

Unas 30, 40, 50 personas (empleados del hotel, en su mayoría) hicieron lo propio y salieron a despedirlos. No más que eso.

Aquella ardiente mañana, frente al interminable cordón de acera fronteriza entre la calle y las azules aguas del mar de Fortaleza, los muchachos salieron callados, sin ninguna parafernalia, saludando discretamente y caminando rápido hacia el autobús que los trasladaría al Castelao.

Iban custodiados por un par de buses repletos de robustos y morenos oficiales de la policía. Ya solo estos detalles nos parecían maravillosos: era la señal irrefutable de que estábamos en el Mundial e íbamos rumbo a nuestra primera gran aventura.

En aquel momento, ni en la más atrevida quimera pudimos pensar que el regreso iba a estar provisto de unos cinco o seis buses escoltando a los muchachos por todas partes, que tendrían que acordonar la zona, abarrotada de cientos de periodistas y fans de todo el mundo, para que se pudieran bajar del bus, y que, aquel sábado 14 de junio, la historia del fútbol nacional y del país mismo, se partiría en dos: un antes

y un después de Brasil 2014.

Pero tendrían que pasar varias horas para culminar con un delirante clímax del que no volvimos a salir nunca -creo que ni aún después de regresar a Costa Rica- todos los que tuvimos el privilegio de vivir la gesta de nuestros guerreros en el país de la samba.

Volamos a los previos del juego. Hay que decirlo, el ánimo triunfalista de la fanaticada uruguaya el día anterior, en el *Fan Fest* de Fortaleza, nos tenía contra las cuerdas.

El grueso de la afición tica (viajamos unos 5 mil a Brasil 2014) ya había encontrado los antros en los cuales reunirse y, si no, no era necesario: los distintivos tricolores nos hacían cruzarnos de calle para abrazarnos con ticos que jamás habíamos visto, y a quienes ahora tratábamos como compas del alma, de vida, de aventura pero, sobre todo, de esperanza mancomunada.

Entrábamos al *Fan Fest* en puñitos, solo para vernos avasallados por la superioridad numérica de los tifosi uruguayos -cuya cita obligada se facilitó por la cercanía geográfica con el anfitrión- y quienes se ensarzaron en una maravillosa fiesta de hermandad y armonía: ticos y charrúas en un solo corazón.

Sí, claro. Pero entre los brincos y las canciones, venían los hachazos “Solo porque son tan simpáticas les ganamos, pero no los goleamos; disfruten tranquilas chicas”, nos decían.

Esos eran los mismos que, 12 ó 15 horas después, lloraban asidos a sus banderas blanquicelestes, cuando la *Sele* lapidó el 3 a 1 contra Uruguay.

No hay otra forma de rememorar aquel momento que no

sea en una especie de levitación mental, de cámara lenta... un griterío ensordecedor y, a la vez, extrañamente silencioso, acompaña la masa de rostros delirantes que siguen la trayectoria del balón hasta que este se aloja delicadamente en la esquina del marco, mientras mueve la red veleidosamente.

El estupor y la euforia se vuelven uno.

La *Sele* acaba de escribir en piedra el marcador con su tercer gol y, en segundos, muchos explotamos en un llanto incontenible. No hay pucheros, no hay pudor; hay lágrimas copiosas y gesto rabioso, como la del guerrero épico que acaba de arrancarle la cresta al contrario.

De alguna forma, quienes estuvimos en las gradas del Estadio Castelao el sábado 14 de junio supimos, en ese momento, que nos habíamos adueñado de un trozo de historia que, sin importar lo que pase en los juegos posteriores, nadie podrá arrancarnos jamás.

Y es que nada, nada de lo que vivimos a partir del momento en que unos y otros decidimos viajar al Mundial nos preparó para lo que se vendría. Según nosotros, iríamos a Brasil a apoyar a la *Sele*, conocer algo de ese subcontinente empotrado en un continente, ver a su gente, empararnos de su cadencioso idioma y, acaso, traernos un par de decorosos empates.

En realidad, la gesta de la *Sele* nos llevaría a tocar un pedacito de cielo y a comprobar que, en algunos momentos de nuestras vidas, es posible palpar la felicidad más absoluta y total.

Si bien en Costa Rica el “estigma” de las clases sociales está dividido por una línea tenue -salvo por uno que otro apellido, contadito, que procura no mezclarse con la plebe-, lo cierto es que en Brasil 2014, esa línea se desdi-

bujó.

Cada quien pagó el lujo de lo que le permitió su billetera. Según información publicada por los diarios de Grupo Nación, los paquetes oscilaron desde los \$5.599 (¢2.8 millones) hasta los \$15.599 (¢7.8 millones). Pero a la hora de juntarnos en el estadio, en los *Fan Fest*, en el metro, en los bares o en la playa, aquello se convertía en una legión única, Tiquicia unida por un balón.

Y es que el amor por la camiseta parece unirnos a todos en un ejército que, cuando es fiel, le eriza la piel a cualquiera. Que lo digan los brasileños quienes, a partir del “Castelazo”, adoptaron a Costa Rica como su segunda favorita.

Traducido, esto implicaba tener no solo al país anfitrión y a la mayoría de sus 200 millones de habitantes, más otros miles de nuevos y entusiastas en todos los rincones del orbe, apoyando a los muchachos en su hombrada.

Solo así, quien no lo vivió, puede entender que los ticos –léase afición– nos convertimos, en cuestión de 90 minutos, tras nuestro debut en el mundial de la samba, en una suerte de celebridades que, al ser identificadas por las camisetas, gorros, banderas, vinchas o pulseras, éramos abordados por los advenedizos tifosi, muchos de los cuales apenas unas horas antes del sábado 14 de junio no tenían idea de qué diablos era Costa Rica o dónde se ubicaba y que ahora, en el primer fin de semana del Mundial de Brasil 2014, habían quedado hechizados y seducidos por la otrora llamada “Costa Pobre”.

Esa misma “Costa Pobre” fue la que salió del Castelao a reventar su orgullo, a rabiar su sangre, nunca contra el adversario porque los uruguayos en su mayoría no tuvieron empacho en reconocer que el enano centroamericano les había ganado en buena lid, sino en una comunión con nosotros mismos, con nuestra sangre, con nuestra identidad tantas veces desdibujadas pero pocas veces tan arraigada como cuando se trata de fútbol.

Desatados por completo en las afueras del estadio, pronto empezaron a sobresalir los brazos levantados, celulares

en mano, que daban cuenta de videos filmados en tiempo simultáneo... en la Fuente de la Hispanidad.

En medio de nuestro fragor, abríamos espacios para observar por segundos lo que estaba pasando en Costa Rica y pronto empezaron a pulular las utopías: “Maeeee, que lindo sería teletransportarse a Tiquicia y devolvernos cuando termine la fiesta”, mientras el de a la par espetaba: “Maeeee, no sea idiota, nosotros estamos aquí y aquí es donde todo Tiquicia quisiera estar...” y el otro: “Maeeee, es que qué rico estar celebrando con la raza allá, pero después nos devolvemos”... y así, en medio de risas y felicidad absoluta, los dife-rendos se disolvían cuando alguien batía un latón de Brahma (la cerveza del Mundial) y esparcía su espuma a diestra y siniestra.

De vuelta a la ciudad, en el Malecón de Fortaleza, buena parte de la turba tica se tiró a la playa, frente a los hoteles en los que se hospedaba la mayoría, para darles rienda suelta a los cánticos y al festejo. Pasada la medianoche un hombre alto, de contextura gruesa y camiseta negra, envió una ronda completa de cervezas a los más o menos 30 nacionales que bailoteábamos por ahí.

Una hora después, Antonio, quien se supone es uno de los magnates gasolineros más poderosos de Fortaleza, se había convertido en el eje de la fiesta. Aunque más bien era serio y de pocas palabras, se dedicó a consentir a la afición tica con rondas y más rondas de cerveza y hasta caipiriñas.

A eso de las 3 a. m. se acabó la birra, pero no la fiesta. Antonio se levantó, hizo una seña a sus cinco o seis guardaespaldas y todos subieron a un vehículo blindado, negro, último modelo. Regresó media hora después con una docena de garrafones gigantes y sus hombres se dedicaron a colocar, mesa por mesa, el nuevo cargamento.

El vacilón siguió y los ticos, ya enfiestaditos, hasta le hacían el baile del indio, lo rodeaban y simulaban reverencias, todos reían, todos cantaban, Antonio observaba. Cuando empezó a aflorar el alba, el hombre de negro simplemente se levantó, subió a su blindado y se retiró del lugar con los

suyos.

Nosotros también buscamos camino y cama, antes de que los rayos del sol hicieran trizas nuestras sienes. Había que dormir dos o tres horitas... ¡se nos venía el próximo títán!

Solo que ahora sí, ahora podíamos perder -hasta por goleada- contra Italia e Inglaterra. Por lo pronto, había que disfrutar nuestra enorme gesta en el arranque, solo comparada con el cada vez más lejano 1 a 0 contra Escocia, en aquella imborrable y maravillosa historia que tejió la *Sele* en Italia 90.

De hecho, tuvieron que pasar 24 años y las instancias recientes de los mismísimos titanes de Italia 90 -como Róger Flores-, quienes atizaban a los jugadores que en aquella época estaban naciendo o aprendiendo a controlar esfínteres, para que superaran la heroica participación de Costa Rica en su primer mundial. “Yo reto a las generaciones que van a representarnos en Brasil 2014 a que hagan que la gente nos olvide, que se olvide de Italia 90. Nosotros hicimos lo que hicimos y fue maravilloso y ahí quedó, pero los que vienen tienen que hacer el suyo y pasarnos por encima, y hacer que la gente nos olvide”, sentenció el “Capi” apenas unos tres meses antes del arranque del mundial de la samba.

Para cerrar con el tema de Uruguay... a partir de aquel sábado y hasta nunca jamás, Costa Rica no solo no sería la misma selección tercermundista por la que nadie daba un cinco o, al menos, nada por sentado.

Aquel sábado ya eternizado en tono sepia, el color oficial de la añoranza, los muchachos a duras penas pudieron bajarse del autobús, igual que el resto de la delegación. Cuando entraron todos y ya no había más fotos

ni gritos de apoyo, los *fans* brasileños y de otras latitudes se volvieron hacia la desconcertada afición.

Muchos terminamos posando para selfies de gente de todo el planeta que, ante nuestra congoja, se colocaban fascinados y felices junto a cualquier cosa o persona que representara al equipo revelación del Mundial.

Yo, por mi tesitura de india -heredada de mis ancestros bribries- me convertí en dos toques en trofeo de colección de los aficionados asiáticos, quienes murmuraban entre sí y se morían de risa -de contentera, espero- cuando lograban que, torpemente, les “concediera” una foto.

A estas alturas, quiero pensar que su trofeo tenía que ver con la *Sele*... y no con una aborígen venida a menos en pleno Mundial 2014.

Total, no me importa. Lo que importa es que aquel sábado inolvidable, hoy detenido en el tiempo, todo fue locura, añoranza, orgullo, admiración, risas, lágrimas, más locura, más añoranza y más orgullo.

Si tuviera que elegir una imagen de aquel día, elegiría esta, recurrente, por encima incluso de la escena emblema para nosotros, la de Michael Umaña y su resoplido de titán, de varón, de hombrón, antes de liquidar a Grecia en los penales.

Pero no. Quiso Natura (o la FIFA o qué se yo) que durante los juegos de Costa Rica, mi gallada y yo quedáramos ubicados en el marco en el cual cayeron los goles (hablo de Uruguay e Italia).

Tuvimos unos microsegundos de ventaja con respecto al resto de la afición en el estadio... así supimos antes que sí, que sí había sido gol, que sí, que Costa Rica había empatado, remontado y tri-remontado con el otrora “montadísimo” Uruguay.

Pero entonces, muy a pesar del bazucazo emocional vivido con cada gol de la *Sele*, primará siempre la figura de Bryan Ruiz, dirigiendo el bloque de salida (el bloque suicida, pensaban muchos), alto, erguido, seguro, al centro... un príncipe. Sin un ápice de inseguridad, a su alrededor levi-

taban el resto de soldados subiendo en un bloque perfecto, acompasado, junto con el brioso capitán.

En medio de todo el desboque que implicaron aquellos días de locura, donde no importaba más lo que pasara en Costa Rica (apenas reportes telegráficos de las familias, trabajo y compas) los ticos en Brasil viajábamos en una extraña nube de incredulidad-felicidad-euforia-espejismo-temor-orgullo.

No bien habíamos digerido lo ocurrido contra Uruguay, cuando se venía Italia. Algunos hicieron el recorrido en avión; otros, pasamos el domingo 15 empotrados en un bus que demoró 16 horas en transportarnos de Fortaleza a Natal; es decir, acercarnos más a Recife, donde se jugaría el segundo partido de la *Sele*, morir o matar.

Italia. Italia. Cinco meses después, trato de ordenar un toque mis memorias. Iba preparada -según yo- para Brasil 2014 porque *La Nación* me había enviado a Alemania 2006. No tenía mayores expectativas sobre la “Costa Pobre”, pero el gane contra Uruguay nos volvió el panorama de cabeza.

Tras devorar cientos de kilómetros, por fin arribamos a la hermosa Recife, con el juego contra Italia respirándonos en la nunca... y en el corazón, y en la mente, y en la conciencia, y en los rezos, y en los brindis, y en los “por favor Diosito por favor”, a sabiendas de que debe ser un escupitajo rogarle a cualquier ser supremo para que intervenga en el marcador de un juego de fútbol.

A diferencia de como ingresamos contra Uruguay, la hinchada nuestra, esta vez, llegó con tremendos padrinos al Arena Pernambuco. Casi la mayoría de las 30 mil y pico de almas que se acomodaron ahí, en medio del recalcitrante ca-

lor, iban movidos tanto por ver al campeón mundial, como por la esperanza de ver a Costa Rica derrotarlo.

Cientos de sondeos espontáneos en las calles y en el estadio nos lo auguraban: Costa Rica no solo se había vuelto la sensación, si no la gran esperanza de que algo cambiara el curso esperado de la historia.

Aparte de Grecia y los penalazos cincelados por los siglos de los siglos amén, Italia, a mi juicio, fue el punto de inflexión.

Aunque gritábamos como degenerados, a esas alturas -y como bien lo sabemos quienes estuvimos ahí- hay mundiales agotadores... y Brasil. Las extensas distancias entre los puntos de este hermoso país nos hacían pasar en un permanente frenesí por alcanzar las sedes a tiempo, cumplir con la logística, los tiempos de comida, el carro, el taxi, el bus de la agencia de viajes, el bus de FIFA...

Algunas veces, la forma de llegar al destino incluía el metro en medio de la gente más sencilla, muchos humildísimos y otros hasta desdentados que viajaban con sus bolsas de arroz y yuca y sus gallinas (vivas) y ahí mismo, en el *subte* y sin que mediara razón alguna que un distintivo tricolor en nuestros atuendos o rostros, nos llenaban de abrazos, palmas en la espalda y una metralleta de felicitaciones por venir del país que, intempestivamente, se había robado para sí y para sus acólitos, el Mundial de Brasil.

Así, con ese ánimo, ingresamos sudorosos, hartos del calor (hacia 35 grados aquel viernes infernal en Recife) imaginando de cuando en cuando lo delicioso que sería estar en cualquier bar de Costa Rica, con una pantalla de tele en cualquier ángulo que se mirara y con una aguilita michelada, bien sentadotes.

Obviamente, cuando el coloso se erigía ante nuestros atónitos ojos, con las banderas de los países contrincantes ondeando veleidosamente y la de FIFA erguida al centro; o cuando por fin alcanzábamos nuestra fila y nuestro asiento y podíamos relajar un poco el desenfreno, y ver a nuestros muchachos calentando en perfecta simetría y serenidad,

mientras en el otro extremo titanes como Pirlo, Balloteli, Gianluigi Buffon y los demás hacían lo suyo... en esos momentos, habríamos sido capaces de desandar lo andado para llegar y duplicarlo.

Mucho más cuando la *Sele*, con todas las ilusiones empujando y muchas estadísticas arrinconando, salió a la cancha del Pernambuco y Bryan, Celso y el resto de muchachos se dedicaron, desde el arranque, a divertirse y a soñar.

El cabezazo de Bryan Ruiz al 44, a la postre definitivo para aquella orgía de euforia que se decantó tras el pitazo final, marcaría la senda real del sueño. Porque el 3 a 1 contra Uruguay nos puso a delirar, pero siempre existía la duda de si aquello no había sido una “chiripa”.

En cambio, hundirle una daga al tetracampeón cuando aún faltaba la mitad del juego, y ver cómo los muchachos, lejos de amilanarse y echarse atrás a cuidar la escuálida ventaja, salían a defender lo suyo con toda gallardía... eso sí fue, gente, un despliegue total de poderío.

Por eso, más que Uruguay, Italia fue “el” partido. Y lloramos.

Lloramos con un llanto inexplicable al momento del gol de Ruiz. Y luego, con el pitazo postrero, ya no hubo rienda y en aquella levitación colectiva, hasta donde recuerdo, lo que más abundaba era el llanto.

Quienes lograban “pegar” la señal del celular, ya en las afueras del Pernambuco y en medio de la locura total, rezaban los titulares mundiales: “Los centroamericanos aniquilaron el ‘Grupo de la muerte’, eliminaron a Inglaterra y obligan a Uruguay e Italia a disputar el segundo pase (...) El final fue a toda orquesta, con toques y lujos, con las tribunas cantando “Olé, Olé”.

Y sí, el Patito Feo, la famosa Cenicienta del Mundial, ya no lo era más. Ya para ese momento era una certeza: habíamos revolucionado con gran belleza el fútbol en Brasil 2014.

Los encuentros imborrables entre aficionados que se suceden en los mundiales, en algunos casos surcan la memoria casi tanto como la apoteosis tras los goles de la *Sele*.

Cada quien con los suyos... Entre la colección de recuerdos immaculados -incontables, por cierto- me quedo con el de Lindomar Souza, quien se cruzaría en mi camino 24 horas después del triunfo contra Italia.

Coincidimos en un gigantesco mercado de baratijas, al frente del extenso malecón que demarca la costa en Recife. Yo estaba comprando un brazalete verdeamarillo con el logo del Mundial y BRASIL así, en letras gigantes.

Mientras lo escogía, un anciano desdentado, con pinta de indigente, se acercó sin siquiera percatarse de mi presencia y empezó a revolcar afanosamente en la canasta de las pulseras. La tendera le preguntó qué buscaba y, ante mi asombro, el desarrapado le explicó que quería un distintivo de “la Costa Rica”.

Yo no andaba ni un solo distintivo patrio (ya desde Uruguay nos fuimos quedando poco a poco sin nada, agradecidos hasta la médula con nuestros socios de fe, los aficionados brasileños), así que cuando le toqué el hombro a Lindomar y le espeté que yo era tica -obviamente toda emocionada- tanto él como la vendedora se fundieron conmigo en un abrazo que no olvidaré jamás.

Como él no encontró lo que buscaba, saqué del bolso la única bandera de tela que tenía y se la obsequié. Lindomar insistió entonces en pagar mi pulsera de Brasil con los únicos 10 reales que tenía y que, a no dudarlo, le habrían servido para calmar su resaca, pues todo él exhalaba el inconfundible olor a guaro añejo. Nos saltamos la barrera del idioma y, a como pudimos, conversamos de su *click* con Costa Rica mientras me acompañaba unos 500 metros hasta dejarme en la puerta del hotel.

Orgulloso a más no poder, blandía la bandera tricolor mientras los vehículos le pitaban y los transeúntes le cruzaban un entusiasta “¡Olé olé ticos!”. Como pudo me contó

Un sueño Redondo

-y como pude, le entendí- que se había vuelto loco al ver el *jogo bonito* de Costa Rica ante Uruguay; por supuesto, nunca antes había oído hablar del país, y creo que no logré que me creyera que apenas éramos cuatro millones y pico de habitantes.

Y luego... luego me habló del gane contra Italia, que el gol de Ruiz era una joya, y que hasta se había puesto a llorar... y se puso a llorar otra vez.

Mientras se enjugaba las lágrimas con la bandera y se deshacía en felicitaciones para la Costa Rica que ahora él había hecho suya, nos despedimos para siempre, pues jamás nos volveremos a ver. Yo también me deshice en lágrimas en el *lobby*, ya a solas, tratando de digerir qué diablos estaba pasando en aquel país de Dios, qué clase de comunión se había establecido entre nuestra afición y la anfitriona y muchas otras más que fueron quedando huérfanas con la eliminación de sus equipos y felizmente se integraron al otrora desconocido país por el que nadie daba un cinco en el arranque.

Tras la primera fase, se impuso el regreso y una nueva ilusión: vivir, por fin, una transmisión desde aquellos colosos en los que habíamos estado, solo que aquí, rodeados de coterráneos, de nuestra raza, en nuestros bares favoritos y en comunión total en nuestra propia tierra, la Costa Rica que a esas alturas tenía enamorado a todo el planeta.

Y entonces, se vinieron Grecia y Holanda. Pero el desenlace de esa historia no tengo que contárselas; esa la vivimos juntos y la guardaremos en el alma por los siglos de los siglos. Amén.